

laba al ejército; en efecto, cayó á su vez enfermo, y después de una breve dolencia que tomando el carácter de una fiebre continua acabó con todas sus fuerzas, expiró conservando siempre un lenguaje noble, y sin pensar más que en su mujer y sus compañeros de armas, á quienes dejaba en una situación espantosa. Acaeció su muerte en noviembre de 1802.

El general Rochambeau tomó el mando como más antiguo. No carecía este nuevo gobernador de la colonia ni de valor ni de talentos militares, sino de la prudencia y de la serenidad que debe tener un jefe extraño á las pasiones de los trópicos. Pretendió el general Rochambeau reprimir en todas partes la insurrección, pero ya no era tiempo; lo más á que hubiera podido aspirar, re-concentrando todas sus fuerzas en el Cabo y abandonando el Oeste y el Sur, hubiera sido á sostenerse; pero por querer acudir á todos los puntos á la vez no pudo realizar más que esfuerzos violentos é impotentes. Había vuelto al Cabo para ejercer la autoridad; llegó en el momento en que Cristophe, Clervaux y los caudillos negros del Norte intentaban atacar y tomar por asalto aquella capital de la isla; tenía el general Rochambeau para su defensa algunos centenares de soldados y su guardia nacional compuesta de propietarios valientes, como todos los nacidos en aquellas regiones; ya Cristophe y Clervaux se habían apoderado de uno de sus fuertes, pero el general Rochambeau le volvió á tomar con singular intrepidez, auxiliado por la energía de la guardia nacional, y supo conducirse tan bien que creyendo los negros que hubiese llegado á la isla un ejército de refuerzo, emprendieron retirada. Pero mientras se efectuaba esta heroica defensa, sucedía en la rada una escena espantosa: habíanse enviado unos mil doscientos negros á bordo de los buques por no saber cómo custodiarlos en tierra y por temor de que pudieran servir de refuerzo al enemigo, y las tripulaciones, diezmasadas por el contagio, eran menores en número que sus mismos prisioneros; llegó la noticia del ataque del Cabo, y temiendo verse asesinados por éstos, recurrieron al medio, horroroso de contar, de arrojar al agua muchos de ellos. Al propio tiempo, en el Sur de la isla se hacía lo mismo con un mulato llamado Baudet, ahogándole por una injusta y atroz desconfianza. Desde aquel momento los mulatos, hasta entonces indecisos, se reunieron con los negros, asesinaron á los blancos y acabaron de asolar la hermosa provincia del Sur.

Demos fin á esta lúgubre narración, de la cual no puede sacar la historia nada útil. Al renovarse la guerra entre Francia y la Gran Bretaña, los franceses encerrados en el Cabo, en Puerto Príncipe y en los Cayos apenas podían defenderse contra los negros y mulatos coligados. La noticia de la guerra europea llegó á ellos para aumentar su desesperación, pues sólo les quedaba elegir entre los negros, que se habían vuelto feroces como nunca, y los ingleses que esperaban se viesan precisados á rendirse á ellos para enviarlos prisioneros á Inglaterra, después de despojarlos de las reliquias de su fortuna.

De treinta ó treinta y dos mil hombres enviados por la metrópoli, sólo quedaban á la postre siete ú ocho mil. Habían perecido más de veinte generales, y entre ellos Richepanse, cuya muerte era la más sensible. Toussaint-Louverture, siniestro profeta que había precedido y deseado todos aquellos males, moría á la sazón de frío en

Francia, prisionero en la fortaleza de Joux, mientras nuestros soldados sucumbían bajo los rayos de un sol devorador: ¡deplorable compensación la de la muerte de un negro de genio con la pérdida de tantos blancos llenos de heroísmo!

Tal fué el sacrificio hecho por el primer cónsul al antiguo sistema comercial de la Francia, sacrificio que se le ha censurado muy amargamente. Sin embargo, para juzgar como es debido los actos de los gobernantes, es preciso siempre hacerse cargo de las circunstancias bajo cuyo imperio han obrado. Porque cuando la paz con el mundo quedaba hecha; cuando las ideas del antiguo comercio volvían á invadirlo todo como un torrente; cuando en París y en todos los puertos tantos negociantes y colonos arruinados imploraban á voces el restablecimiento de nuestra prosperidad comercial; cuando pedían que se nos restituyese una posesión que había constituido en otro tiempo la riqueza y el orgullo de la antigua monarquía, y cuando miles de oficiales que veían con pesar cortada su carrera por la paz, se ofrecían á servir dondequiera que hubiese necesidad de emplear sus brazos, ¿era posible negar á las quejas de los unos y á la actividad de los otros la ocasión de restaurar el comercio de la Francia? ¿Qué no hicieron la Inglaterra por conservar el Norte de América y la España por conservar el Sur? ¿Qué no haría la Holanda por conservar á Java? Los pueblos no se dejan nunca arrebatar una gran posesión sin procurar retenerla, aun cuando no tengan probabilidad ninguna de triunfo. Ya veremos si la guerra de América sirve de lección á los ingleses, y si éstos dejarán de defender el Canadá cuando esta colonia del Norte ceda á la propensión natural que la inclina hacia los Estados Unidos.

Había el primer cónsul llamado á Europa todas nuestras escuadras, excepto las fragatas y barcos ligeros; todas habían vuelto á nuestros puertos, á excepción de una sola, compuesta de cinco navíos, que se vió precisada á hacer escala en la Coruña. Otro navío se había refugiado en Cádiz, y había que reunir todos aquellos elementos diseminados para emprender cuerpo á cuerpo una lucha con la Gran Bretaña.

Luchar con la Inglaterra era empresa difícil aun para el gobierno más hábil y más sólidamente establecido. Ciertamente el primer cónsul podía fácilmente ponerse al abrigo de sus tiros, pero no le era menos fácil á la Inglaterra defenderse de los que él le dirigiera. La Inglaterra y la Francia habían conquistado un imperio casi igual, aquélla por mar y ésta por tierra. Rotas las hostilidades, la Inglaterra iba á hacer ondear su pabellón en ambos hemisferios, á tomar varias colonias holandesas ó españolas, y aun francesas quizá, pero más difícilmente. Iba á prohibir la navegación á todos los pueblos y abrogársela exclusivamente; pero por su parte era cuanto podía hacer. Una invasión de tropas inglesas en el continente sólo le hubiera ocasionado un desastre semejante al del Hélder en 1799. La Francia por su parte podía, ya con su fuerza, ya con su influjo, imposibilitar á la Inglaterra el acceso del litoral europeo desde Copenhague hasta Venecia, y reducirla á aportar solamente en las riberas del Báltico para llamar desde las alturas del Polo los géneros coloniales de que venía á ser durante la guerra única depositaria. Pero en aquella lucha de dos grandes potencias, dueña cada cual de su

elemento, sin encontrar el medio de salir de él para unirse, de temer era que se viesen reducidas á amagarse tan sólo, y que el mundo, maltratado por su causa, acabase sublevándose contra una ú otra para esquivar las consecuencias de tan horrible contienda. En semejante situación el triunfo estaba reservado á la que supiese salir del elemento en que reinaba para sorprender á su rival, y caso de ser imposible este esfuerzo, á la que supiese popularizar tanto su causa en el universo, que le decidiera por su partido. Era para ambas sumamente difícil granjearse el aprecio de las demás naciones, porque la Inglaterra para abrogarse el monopolio del comercio se veía reducida á maltratar á los neutrales, y la Francia para cerrar el continente al comercio de la Inglaterra tenía que violentar á todas las potencias de la Europa.

Por lo tanto, para vencer á la Inglaterra había que resolver uno de estos problemas: ó atravesar el Océano y marchar sobre Londres, ó dominar al continente y obligarle, ya fuese por medio de la fuerza, ya por medio de la política, á desecharse todos los productos británicos; era preciso en suma realizar ó una invasión ó un bloqueo continental. Ya se verá en el curso de la presente historia por qué serie de acontecimientos pasó Napoleón sucesivamente de la primera á la segunda de estas dos empresas: por qué cadena de maravillas se acercó primeramente á su objeto casi hasta tocarlo; y por qué combinación de errores y de desgracias se alejó de él después y acabó por sucumbir. Felizmente, antes de llegar á este término deplorable hizo la Francia tales cosas, que bastaban ellas solas para que la nación á quien la Providencia permitió consumarlas se perpetúe eternamente gloriosa y como la más grande quizá entre todas las demás naciones.

Tales debían ser las proporciones que había inevitablemente de tomar la guerra entre la Francia y la Gran Bretaña. Desde el 1792 al 1801 fué esa guerra la lucha del principio democrático contra el principio aristocrático; sin abdicar este carácter iba á ser bajo Napoleón la lucha de un elemento contra otro elemento, y harto más difícil para nosotros que para los ingleses, porque el continente entero, por odio á la revolución francesa y por envidia á nuestro poder, debía aborrecer á la Francia mucho más que detestaban los neutrales á la Inglaterra.

Pronto con su natural perspicacia conoció el primer cónsul el alcance de aquella guerra, y tomó su resolución sin titubear. Formó el proyecto de cruzar el estrecho de Calais con un ejército, y de poner fin en el mismo Londres á la rivalidad de las dos naciones. Veremosle por espacio de tres años consecutivos aplicar todas sus facultades á esta prodigiosa empresa, y permanecer tranquilo, confiado, y aun feliz; tan grande era su esperanza en una tentativa que debía conducirlo ó á ser el dueño absoluto del orbe, ó á sepultarse con su ejército y su gloria en lo profundo del Océano.

Se dirá quizá que Luis XIV y Luis XVI no se vieron reducidos á semejante extremidad para combatir á la Inglaterra, y que para esto les bastaron las numerosas escuadras que se disputaban las anchuras del Océano; pero responderemos que en los siglos XVII y XVIII no había aún la Inglaterra, apoderándose del comercio universal, adquirido la mayor población marítima que

existe en el globo, y que entre los medios de las dos marinas había mucha menos desigualdad. El primer cónsul estaba decidido á hacer inmensos esfuerzos para restablecer la marina francesa; pero dudaba mucho del buen éxito, á pesar de que poseía bastante extensión de riberas y aunque tenía á su disposición los puertos y los astilleros de Holanda y de Bélgica, de la antigua Francia y de Italia. No citamos los de la España, gobernada á la sazón demasiado torpemente para poder ser una aliada útil. Contando todas sus fuerzas navales actualmente reunidas en Europa, apenas tenía más que cincuenta navíos de línea que echar al agua en el transcurso del año. Podía proporcionarse unos cuatro ó cinco en Holanda, veinte ó veintidós en Brest, dos en Lorient, seis en la Rochela, cinco escalados en la Coruña, uno en Cádiz, diez ó doce en Tolón: unos cincuenta entre todos. Con los bosques que poblaban su vasto imperio y cuyas maderas llegaban por los ríos á los astilleros de Holanda, de los Países Bajos y de Italia, podía construir otros cincuenta navíos de línea y enarbolar en ellos su gloriosa bandera tricolor; pero para armarlos se necesitaban más de cien mil marineros, y apenas tenía sesenta mil. La Inglaterra iba á tener setenta y cinco navíos de línea dispuestos á navegar, y érale fácil hacer que su armamento total ascendiese hasta ciento veinte, con el número correspondiente de fragatas y buques pequeños que semejante armamento lleva consigo. Podía embarcar en ellos á ciento veinte mil marineros, y más todavía si, renunciando á guardar consideraciones con los neutrales, ejercía sus levas en los buques mercantes. Tenía además almirantes experimentados y llenos de confianza porque habían vencido, los cuales se comportaban en la mar tan gloriosamente como los generales Lannes, Ney y Massena en tierra.

Grande era, pues, la desproporción de las dos escuadras, producto de los tiempos y de las circunstancias; sin embargo, no haría decaer de ánimo al primer cónsul. Quería éste hacer construir en todas partes, en el Texel, en el Escalda, en el Havre, en Cherbourg, en Brest, en Tolón, en Génova. Ideaba el hacer contribuir á cierto número de soldados de tierra á la formación de sus dotaciones, compensando por este medio la inferioridad de nuestra población marítima. Él fué el primero que advirtió que un navío montado por seiscientos buenos marineros y dos ó tres mil hombres de tierra bien escogidos, hecho á la mar por espacio de dos ó tres años, y ejercitado en las maniobras y en el fuego, es capaz de batirse con cualquier navío. Pero para llegar á formar una marina empleando estos y otros medios, hubiera necesitado un espacio de diez años, y mal podía esperar todo este tiempo inactivo hasta que su marina, cruzando los mares en pequeños destacamentos, se hiciese digna de habérselas con la marina inglesa. Gastar diez años en formar una escuadra sin llevar á cabo en este intervalo nada importante, hubiera equivalido á hacer á los ojos del mundo una larga confesión de impotencia, humillante para todo gobierno, y más aún para él que había comenzado su fortuna y debía continuarla deslumbrando al mundo. Sin renunciar, pues, á reorganizar nuestro ejército naval, lo que debía hacer era intentar arrojadamente el paso del estrecho, y valerle al mismo tiempo del terror que inspiraba su espada para obligar á la Europa á cerrar á la Inglaterra los accesos



del continente. Auxiliado su genio natural que le inspiraba las grandes empresas con una política hábil, podía con estos medios reunidos, ó bien destruir de un solo golpe en el mismo Londres el poderío británico, ó bien acabar con él á la larga arruinando su comercio.

Muchos de sus almirantes, especialmente el ministro Decrés, le aconsejaban que fuese restaurando gradualmente nuestra marina, formando pequeñas divisiones navales y haciéndolas surcar por los mares hasta que estuviesen en disposición de maniobrar en grandes escuadras; exhortábanle á que se limitase entretanto á aquello, considerando como dudosos todos los planes imaginados para atravesar el canal de la Mancha. No quiso el primer cónsul limitarse á tan estrechas miras; y aunque se proponía también restaurar la marina francesa, estaba resuelto á hacerlo buscando un modo más directo de hacer daño á la Inglaterra. Dispuso con este objeto numerosas construcciones en Fleisinga, que estaba enteramente á sus ordenes por razón de su poder sobre la Holanda; dispúsolas también en Amberes, declarado ya puerto francés; en Cherbourg, en Brest, en Lorient, en Tolón y finalmente en Génova, que ocupaba la Francia con el mismo derecho que la Holanda. Mandó reparar y armar veintidós navíos en Brest; hizo concluir dos en Lorient y reparar, botar al agua y armar otros cinco en la Rochela. Reclamó de la España medios para carenar y surtir nuevamente de víveres la escuadra que se hallaba de estada en la Coruña, y envió de Bayona cuanto podía mandar por tierra en hombres, material y dinero. Las mismas precauciones tomó con respecto al navío escalado en Cádiz, y dispuso el armamento de la escuadra de Tolón, que se proponía componer de doce navíos. Estos diversos armamentos, agregados á tres ó cuatro navíos holandeses, debían como hemos dicho hacer ascender las fuerzas navales de la Francia á unos cincuenta navíos, sin contar lo que más adelante pudiera lograrse de las marinas holandesa y española, y sin contar los buques que se podían construir en los puertos de Francia y armar con dotaciones mixtas de marineros y soldados de tierra. Sin embargo, no se lisonjaba el primer cónsul de poder reconquistar con semejantes fuerzas en un combate formal la superioridad, ni aun la igualdad marítima siquiera, con respecto á la Inglaterra; quería servirse de ellas para ocupar la mar, para ir y volver á las colonias, para abrirse por algunos instantes el estrecho de Calais por medio de movimientos y operaciones navales cuya combinación profunda examinaremos en breve.

Todos los esfuerzos de su genio se encontraron en el estrecho. Fuesen los que quisieran los medios de transporte imaginados, lo primero que se necesitaba era un ejército, por lo cual formó el proyecto de componer uno que no dejase nada que apetecer en cuanto al número y á la organización; pensó distribuirlo en diversos campamentos desde el Texel hasta los Pirineos, y disponerlo de modo que pudiera reconcentrarse con rapidez en algunos puntos del litoral sabiamente elegidos. Además de un cuerpo de veinticinco mil hombres reunidos entre Breda y Nimega para marchar sobre el Hannóver, dispuso la formación de seis campamentos, el primero en las cercanías de Utrecht, el segundo en Gante, el tercero en Saint-Omer, el cuarto en Compiègne, el quinto en Brest y el sexto en Bayona; éste último destinado á

imponer respeto á la España por causas que más adelante referiremos. Empezó formando parques de artillería en estos seis puntos de reunión, que era la primera precaución que tomaba ordinariamente, porque decía que era lo más difícil de organizar. Encaminó en seguida hacia cada uno de estos campamentos un número suficiente de medias brigadas de infantería para que contuviesen unos veinticinco mil hombres por lo menos. Envió la caballería con más lentitud y en menos número que de costumbre, porque si llegaba á verificarse un embarco no podían transportarse sino muy pocos caballos. Era preciso que la calidad y cantidad de infantería, la excelencia de la artillería y el número de cañones pudieran compensar en un ejército semejante la inferioridad numérica de la caballería. Bajo este doble aspecto, la artillería y la infantería francesas reunían todas las condiciones apetecibles. Cuidó el primer cónsul de reunir en las costas y de formar en cuatro grandes divisiones toda la fuerza de dragones. Los soldados de esta arma, que servían, así de infantes como de jinetes, debían embarcarse solamente con sus sillars de montar, y militar como peones, hasta que se les pudiesen dar caballos arrebatados al enemigo.

Tomáronse todas las medidas necesarias para armar y enganchar cuatrocientas piezas de campaña, independientemente de un numeroso parque de sitio. De las medias brigadas, que constaban á la sazón de tres batallones, se sacaron dos de guerra de ochocientos hombres cada uno, tomando del tercer batallón el número de hombres necesario para completar los dos primeros. Quedó el tercer batallón en depósito para recibir los reclutas, instruirlos y disciplinarlos. Sin embargo, algunos de éstos fueron enviados inmediatamente á los batallones de guerra para que con los soldados veteranos de la república hubiese entremezclados en proporción suficiente bisoños escogidos, reuniendo con la inteligencia y la disciplina de la edad madura, la vivacidad, el ardor y la docilidad de la juventud.

Las quintas habían quedado definitivamente admitidas en nuestra legislación militar y regularizadas bajo el Directorio según una proposición del general Jourdan; sin embargo, la ley de reemplazos ofrecía aún ciertos vacíos, á los cuales se ocurrió con una nueva ley del 26 de abril de 1803.

Fijó ésta el contingente de la contribución de sangre en sesenta mil hombres al año, alistados á la edad de veinte años. Este contingente estaba dividido en dos partes, cada una de treinta mil hombres. Debía estar siempre cubierta la primera en tiempo de paz: la segunda constituía la reserva, y podía en caso de guerra ser llamada á completar los batallones. Corría el mes de junio de 1803 (mediados del año XI); se pidió autorización para reclamar el contingente de los años XI y XII, sin tocar á la reserva de estos dos años; eran, pues, sesenta mil los quintos que iban á entrar de repente en las filas. Llamándolos con tal anticipación quedaba tiempo bastante para instruirlos y acostumarlos al servicio militar en los campamentos establecidos en las costas. Podía recurrirse finalmente en caso de necesidad á la reserva de los dos años mencionados, resultando otros sesenta mil hombres disponibles, pero que no se pensaba utilizar sino en caso de guerra continental. Pedir á cada clase sólo treinta mil hombres,

era imponerles un pequeño sacrificio que no podía ser excesivamente gravoso para una población compuesta de ciento nueve departamentos. Además quedaba por tomar una parte del reemplazo de los años VIII, IX y X, que no había sido llamada á tomar las armas, merced á la paz que se había disfrutado bajo el consulado. Pero los atrasos en la contribución de sangre son tan difíciles de cobrar como los atrasos de los impuestos en dinero. Hizo el primer cónsul con este objeto una especie de liquidación; exigió de los reemplazos atrasados cierto número de hombres, elegidos entre los más robustos y disponibles, y dejó exceptuado mayor número en el litoral que en lo interior, imponiendo á los no llamados al servicio de guardacostas. De este modo aumentó el ejército con otros cincuenta mil hombres de más edad y fortaleza que los quintos del año XI y XII. Subió así el ejército á cuatrocientos ochenta mil hombres, diseminados entre las colonias, el Hannóver, Holanda, Suiza, Italia y Francia. De esta fuerza efectiva había unos cien mil empleados en la custodia de la Italia, de la Holanda, del Hannóver y de las colonias, que en nada gravaban al tesoro francés, pues el gasto de su manutención se cubría con subsidios de dinero ó de víveres suministrados en los diversos países. La Francia pagaba y tenía enteramente á su disposición trescientos ochenta mil hombres, de los cuales, deduciendo cuarenta mil por las bajas ordinarias, esto es, por los soldados enfermos, ausentes temporalmente, ó en marcha, etc., y otros cuarenta mil entre gendarmes, veteranos, inválidos y reclutas en instrucción, quedaban unos trescientos mil hombres disponibles, aguerridos y capaces de entrar inmediatamente en campaña. Destinando ciento cincuenta mil á combatir contra la Inglaterra, quedaban otros tantos, de los cuales setenta mil, que constituían los depósitos, bastaban para la defensa interior, y ochenta mil quedaban en disposición de acudir hacia el Rhin en caso de alarma por parte del continente. Pero un ejército como aquél no debe juzgarse por su número; aquellos trescientos mil hombres, casi todos experimentados, avezados á las fatigas y á los combates, y conducidos por oficiales consumados, equivalían á seiscientos ó setecientos mil, quizás á un millón de los que comunmente existen al cabo de una prolongada paz; porque entre un soldado hecho y un soldado no maduro, la diferencia es infinita. Desde este punto de vista nada tenía que desear el primer cónsul, y el ejército que mandaba era el más floreciente del universo.

El gran problema que había que resolver era la reunión de los medios de transporte para trasladar este ejército desde Calais á Douvres. No había aún el primer cónsul fijado definitivamente sus ideas sobre este punto; sólo una cosa, resultado de una larga serie de observaciones, era para él fija; á saber: la forma de las construcciones navales. Los barcos de fondo llano, que podían encallar, bogar con vela y con remo, habían parecido á todos los ingenieros de la marina el medio más oportuno para el transporte, además de tener la ventaja de poderse construir en todas partes, aun en la dársena superior de nuestros ríos. Pero faltaba reunirlos, ponerlos al abrigo de puertos convenientemente situados, armarlos, equiparlos, encontrar por fin un buen sistema de maniobras para moverlos con orden en pre-

sencia del enemigo. Para esto era preciso entregarse á una serie de experiencias largas y difíciles. Proyectaba el primer cónsul trasladarse en persona á Boloña, riberas de la Mancha, morar allí á menudo, dedicarse prolijamente al estudio de las localidades, de las circunstancias de la mar y del tiempo, y organizar por sí mismo en todas sus partes la vasta empresa que meditaba.

Mientras las construcciones dispuestas en toda la Francia adelantasen lo suficiente para que su presencia en las costas fuese útil, ocupábase en París en dos cosas esenciales: los recursos pecuniarios y las relaciones con las potencias del continente; porque era preciso por una parte ocurrir á los gastos de la empresa, y por la otra tener la certeza de no verse embarazado durante su ejecución por los aliados continentales de la Inglaterra.

No era la dificultad material del dinero la menor que ofrecía la renovación de la guerra. La revolución francesa había devorado bajo la forma de asignadas una masa inmensa de bienes nacionales y concluido por una bancarrota. Éstos quedaban casi agotados, y el crédito arruinado por mucho tiempo. Para salvar de la enajenación los cuatrocientos millones de bienes nacionales que quedaban en 1800, se había adoptado el medio de repartirlos entre diversas atenciones públicas, tales como la instrucción pública, los Inválidos, la Legión de Honor, el senado y la caja de amortización. Transformados así en dotaciones, aliviaban el presupuesto del Estado y presentaban un valor inmenso para lo futuro, merced al aumento territorial, aumento constante en toda época, pero siempre mayor al expirar una revolución. Debían no obstante cercenarse de dichos bienes varias porciones que había que restituir á los emigrados, poco considerables por cuanto casi todos los bienes no enajenados eran bienes eclesiásticos, y había hoy que añadir los bienes situados en el Piamonte y en los nuevos departamentos del Rhin, que representaban un valor de cincuenta á sesenta millones. Tales eran los recursos disponibles en bienes nacionales. Había resuelto el primer cónsul no recurrir al crédito. Se recordará que cuando en el año XI terminó la liquidación de los años pasados, se aprovechó de la subida de los fondos públicos para cubrir con rentas una parte del atraso de los años V, VI, VII y VIII; pero no quiso volver á hacer ninguna operación de aquella especie, y pagó íntegramente en numerario los presupuestos de los años IX y X, último presupuesto que se votó; hizo establecer el principio de que la deuda pública excedería de cincuenta millones de renta, y que si esto llegaba á verificarse se crearía inmediatamente un arbitrio para amortizar el excedente en el término de quince años. Fué necesaria esta precaución para mantener la confianza, porque á pesar del bienestar general estaba el crédito arruinado de tal manera, que la renta del cinco por ciento apenas pasaba de cincuenta y seis, y ni siquiera subió de sesenta en el tiempo en que se creyó la paz más sólidamente fundada.

Los fondos públicos, en Inglaterra desde hace mucho tiempo y en Francia desde hace poco, han llegado á ser objeto de un comercio regular, en el cual toman parte las casas más poderosas, siempre dispuestas á tratar con los gobiernos para suministrarles las sumas de que han menester. No era así en Francia en la época